

LIBROS

La lucha de clases existe

Mal que les pese a los funcionalistas y a los ingenieros sociales de toda laya, la lucha de clases existe. Y su reconocimiento, nos dice el profesor Carlos París, resulta de una "lectura objetiva de nuestra Historia" (1). Basta, en efecto, mirar hacia atrás sin ira, pero con científica lucidez, para constatar que, a lo largo de la Historia, las sociedades han estado estructuradas por relaciones de dominación, con toda una escuela de privilegios y discriminaciones.

Los ideólogos burgueses del consenso, de la igualdad de oportunidades, de la movilidad social, tratan de negar la existencia de las clases en la sociedad capitalista en torno al concepto medular de plusvalía. Y así, incluso cuando aceptan, como hace, por ejemplo, Dahrendorf, el modelo de conflicto, buscan las causas de este último en una "desigual distribución de autoridad" entre grupos de interés que pugnan entre sí por preservar o modificar el "statu quo".

Utilizando criterios puramente económicos, esos sociólogos elaboran una amplia escala de estratificación social que sirve, sobre todo, para difuminar los antagonismos. Así hablan de clase alta, media, baja, según el nivel de ingresos de los individuos, y luego hacen, dentro de cada una de estas casillas, ulteriores biparticiones, con lo que tratan de quitar virulencia al conjunto social. Simultáneamente, hinchan la categoría de clase media de modo que en ello puedan sentirse incluidos desde un dentista con clínica privada hasta un obrero de la General Motors.

Desde una óptica claramente marxista, Carlos París rebate tal escamoteo ideológico. La lucha de clases existe, aunque haya variado la forma de manifestarse, como ha cambiado la composición misma de las clases. Por ejemplo, un nuevo e importante dato es la "proletarización" de los científicos, los técnicos y los profesionales antes calificados de "liberales". La integración de muchos de es-

tos últimos en colectividades de trabajo y, como consecuencia, su pérdida de control respecto de los fines de su actividad o el destino que se da al fruto de su trabajo intelectual, engendra cambios sustanciales en su visión del mundo, a la vez que modifica muchos de sus hábitos psicológicos.

Así, la ciencia, que es universal —ya nadie defendería la dicotomía ciencia burguesa-ciencia proletaria—, dirigida y controlada por la clase hegemónica, contribuye muchas veces a la opresión de la comunidad en lugar de servir para la transformación del mundo en un sentido liberador.

La conciencia de estas contradicciones produce una solidaridad creciente entre trabajadores intelectuales y manuales, que deberán luchar no sólo por la abolición de la propiedad pri-



Carlos París.

vada de los medios de producción, sino también por la consecución de unas relaciones sociales nuevas, que permitan una gestión democrática, desde la misma base, de todo el proceso productivo, cuya dirección no

puede quedar al arbitrio de una minoría, llámese burguesía o élite burocrática dentro del partido-Estado.

Tal es la apuesta democrática de Carlos París en este libro de función divulgadora, en el que se combinan el rigor y la claridad expositiva a que nos tiene acostumbrados el autor en sus trabajos, con la actualidad de todos los temas tratados.

■ JOAQUIN RABAGO.

Jorge Edwards, entre la ficción y la historia

El escritor chileno Jorge Edwards ha vuelto a la ficción. Los convidados de piedra (Seix Barral, Barcelona) sigue en la producción de Edwards a Persona non grata, aquel relato autobiográfico en el que narró su vida diplomática en la Cuba de Fidel Castro. "Los convidados de piedra" es una historia de su propio país. El ha querido imponerle la ficción al texto, pero tanto la época en que sucede —el Chile inmediatamente posterior al golpe— como los personajes que la protagonizan —los burgueses chilenos que asistieron y aquellos que estaban ausentes de la fiesta en la que se celebraba la caída de Salvador Allende—, le dan a la historia el carácter de acontecimiento vivido.

Esta tendencia casi anglosajona que Jorge Edwards observa hacia la Historia no es casual. El la explica: "Nosotros, los novelistas latinoamericanos, tenemos en nuestro mundo una historia apasionante y que está por escribirse. Renunciar a incorporar esta realidad histórica a la novela por el hecho de que ciertas corrientes de la novela europea, después de una larga evolución, hayan llegado a la indagación verbal pura, me parece un disparate, una locura intelectualista, pero no una locura inteligente".

Lo cual no significa, ni en el caso de Edwards ni en el de otros narradores latinoamericanos de su era, que se abandone por completo tal indagación verbal, que está acometida en Los convidados de piedra con la inteligencia y la laboriosidad que Jorge Edwards le aplica al oficio de escribir.

En Los convidados de piedra cuenta el propio Jorge Edwards, "la ficción transcurre en un largo espacio histórico, un espacio que va aproximadamente desde la guerra civil chilena de 1891 hasta octubre de 1973, un mes después de la caída de

Vicent Franch, Premio de Contes Malvarrosa

El primer premio que la editorial Prometeo, fundada por Blasco Ibáñez, ha dado para trabajos en valenciano, tienen como ganador a un profesor de Derecho Político y habitual colaborador en la prensa valenciana con artículos que recuperan la memoria histórica perdida por los valencianos. Su última aportación destacada consiste en los capítulos realizados en "Volem l'Estatut", trabajo colectivo con Luis Aguiló Lucía y Manuel Martínez Sospedra. Vicent Franch, poco después de recoger el premio, respondió a nuestras preguntas.

"Se trata de una historia de finales del siglo XVIII, difícil de explicar, de carácter necrofílico. En 'La vetlla d'en Pere Ruixes' pueden identificarse los valencianos que lo leen, pero no de forma mimética, sino reconociendo los valores etnográficos que caracterizan a las comarcas va-

lencianas. Este cuento lo considero un puro divertimento, en el que he hecho un trabajo lingüístico muy serio. He recogido la tradición popular de hablar mediante refranes y adagios, pero en lugar de respetar su contenido, los he recreado con un lenguaje no arcaico".

Vicent Franch, valenciano de Burriana (Castellón), no quiere marginar el tema del blasquismo en esta conversación, sobre el que ha escrito varios trabajos en prensa, a los que remite habitualmente a los escritores que tratan el tema desde una óptica diferente. "Al recuperar a Blasco Ibáñez no hemos de recuperar un problema y una pugna antigua. Blasco representó algo en la historia valenciana y esto es suficiente. Con su obra literaria ha dejado una pequeña, pero necesaria, historia de las clases populares de finales del XIX. Se han hecho pocos estudios que sitúen al blasquismo más allá de los tópicos del anticlericalismo. Vicente Blasco fue de hecho un demócrata radical, republicano acérrimo, político interclasista y anticlerical de forma secundaria. Otra cosa diferente es cuando el blasquismo y sus escisiones; una vez que Blasco se retira de la vida política, actúa en la vida valenciana, acentuándose entonces más este virulento anticlericalismo". La misma noche de los premios, Franch recibía una bolsa de una entidad cultural para investigar sobre el segundo Blasco, el de 1917 a 1939.

■ JAIME MILLAS. Foto: EL CAMERAMAN.



(1) C. París: La lucha de clases. Colección El Martillo Pilon. Editorial Mañana. Madrid, 1977.